

Mayor Miedo

Rodolfo Ramírez

Lo contenido en esta historia transcurrió en una época durante la cual la Dictadura aflojaba ya en rigor pero no en crueldades hacia sus prisioneros.

Algunos de ustedes conocerán la historia del loco Ramírez, ese prisionero al que torturaron tanto y tan cruelmente que, cuando finalmente escapó, juró vengarse de toda persona uniformada que hubiese tenido que ver con todo el daño que le hicieron, aunque fuese mínimo. Pero al tratar de consumar su venganza intentando lanzar una bomba molotov en una reunión de militares, un efectivo de la Policía Federal que se encontraba en el lugar, al ver que estaba ya casi lanzándola, disparó certeramente a la cabeza, matándolo al instante.

Cuentan las leyendas que fueron circulando de boca en boca, que tanto el policía que lo mató como las personas que lo torturaron jamás volvieron a vivir tranquilos, se cuenta que escuchaban pasos en lugares en donde sabían que no había nadie, que oían gritos desgarradores durante toda la noche y que incluso eran únicamente ellos y ninguno de sus familiares, quienes podían sentirlos.

También se sabe que quien más se ensañó con él durante su estadía retenido bajo tormento terminó en un hospital, en donde su única actividad era repetir sin cesar que *“lo veo, por lo que más quieras, lo tengo a mi lado por las noches haciéndome daño, por favor creeme”* sin llegar a poder comprobarse ninguna anomalía en los lugares donde habitó pero con la rareza de que, ya internado, cada vez que le cambiaban

la ropa notaban profundas cicatrices en su espalda y en su vientre que el día anterior no se hallaban allí y que, dadas las características, era imposible que fuesen auto infligidas, al margen de que no poseían ningún tipo de acceso a elementos cortantes.

El protagonista de la historia que les voy a contar se llama Rodolfo. Tal como dije al principio, esto pasó a finales de 1980 y, en cierta forma, guarda grandes similitudes con la historia o leyenda del “loco Ramírez”.

Lo poco que dice la leyenda de él es que en ese momento tenía el grado de Mayor en el Ejército, que estaba asentado en la Unidad Regional II en Rosario y que dado el “empeño” que ponía en sus “labores cotidianas” (entiéndase, en torturas y en demás cosas por el estilo), esperaba pronto un ascenso a Teniente Coronel.

Imagínenlo, creyéndose autosuficiente, pavoneándose frente a sus subordinados y chupándole las medias (por no decir otra cosa) a sus superiores. Maltratando de manera tan inhumana a los que para la Historia pasarían a ser desaparecidos, que de ser cierta esta leyenda no sería más que un acto de justicia poética.

Dos semanas antes de Navidad, el 15, habían llegado a la Unidad cinco detenidos por la Policía Militar (traicionados por unos vecinos afines la milicia) acusados de “subversión a partir del adoctrinamiento desde las cartas del Tarot y desde teorías religiosas contrarias a lo que el buen nombre del Señor requiere y merece”.

Sin siquiera pensarlo, los hizo trasladar al lugar en donde serían ajusticiados tan brutalmente. Según el mito, es indecible lo que sufrieron los cinco. Irreproducible.

Cuando terminaron con ellos, ordenó al sargento primero a su lado que lo que quedaba de esas cinco personas (catalogados como “subversivos” sólo porque tiraban las cartas y hacían cosas catalogadas por ellos como “raras” en un sótano) las arrojara al depósito que se hallaba en el subsuelo y que las amontonara bien contra la pared opuesta a la puerta de entrada.

El sargento se retiró sin chistar y se llevó con él a dos cabos para que lo ayudaran con los cuerpos.

Acababan de desaparecer por la escalera (la cual tenía un descanso desde donde giraba hacia la derecha) cuando sintió sed. Había hecho unos metros hacia el casino de oficiales para procurar calmarla con algo fuerte cuando sintió unos ruidos muy extraños, como de cuerpos que caen.

Apelando a su seguridad desmedida, con sus aires de autosuficiencia, supuso con una amplia sonrisa que le cubría la cara que sus subordinados estaban cumpliendo la orden dada como correspondía.

Caminó a grandes zancadas hacia su destino inicial sintiendo que estaba siendo observado. Un leve escalofrío le recorrió la espina dorsal y se le erizó el vello de la nuca. Se sirvió una bebida fuerte y se la tomó de un trago, como intentando calmar esos nervios incipientes diciéndose a sí mismo que no había nada mejor que un trabajo bien hecho.

De repente, sintió una corriente de aire frío que lo envolvía, a pesar de que era verano y de que supuestamente hacía calor.

Volvió a llenar por la mitad su copa para nuevamente beberse el contenido casi de un sorbo. La bebida lo ayudó a sentirse más relajado y esto lo empujó a querer supervisar lo que hacían el sargento y los dos cabos.

Dado que la bebida era lo suficientemente fuerte como para que con una dosis no muy elevada se desmayara cualquier desprevenido, Rodolfo caminaba ya no tan rápido. Además, había en el ambiente cierto clima enrarecido que lo estaba poniendo nervioso; sin contar que sus subordinados ya debieran estar de regreso desde el subsuelo.

Se acercó entonces a la escalera y aguardó, con su corazón ya palpitándole con mayor fuerza que antes. Esperó, esperó y esperó, pero sus subordinados no daban

señales de aparecer de nuevo. Los llamó, firme y con voz amenazante, pero no obtuvo respuesta.

Un nudo se le formó en el estómago mientras el frío ya parecía no querer dejarlo en paz, lo que lo ponía incluso más nervioso.

Encendió la luz –podía verse medianamente gracias a la luz reflejada por la luna que ingresaba por una de las ventanas- y debió reconocer que le dio miedo observar un pequeño pero fácilmente perceptible rastro de sangre que comenzaba en el descanso y se perdía escaleras abajo.

“Es de los subversivos esos. ¿Por qué tendría que darme miedo?”, intentó tranquilizarse, pero apenas si lo consiguió.

Bajó la escalera con autoridad, sí, pero no tan autosuficiente como antes.

El rastro de sangre se perdía detrás de la puerta, la cual se hallaba cerrada.

“¿Por qué la habrán cerrado? Nunca lo hacen.”

Intentó abrir la puerta, pero no lo logró. Parecía estar cerrada con llave.

“¡Esto sí que es raro! Es la primera vez que la cierran.”

Estaba ya tomando el llavero de su cinturón cuando, aterrado, notó que por un lado hacía mucho más frío que momentos antes (tanto que ya no supo si tiritaba de frío o de miedo) y que, por otro, escuchó que alguien decía:

-Rodolfo, vos sos el próximo. Apurate.

Sus manos temblaron, lo que provocó que dejara caer el llavero al piso. Cuando se enderezó, de nuevo la extraña voz de la que no podía saber de dónde provenía.

-¡Dale Rodolfo! ¿Qué esperás?

Con el corazón en la boca y temblando como una hoja al viento, consiguió abrir la puerta luego de denodados esfuerzos. La luz se hallaba apagada, lo que le resultó, más que extraño, alarmante.

Casi tropezó al entrar, pero mantuvo el equilibrio justo a tiempo.

“¿Por qué pondrán la basura en la puerta?”, dijo, molesto al notar que era el cuerpo de uno de los “subversivos”. Sin siquiera pensarlo, se decía eso para contrarrestar el miedo creciente que comenzaba a invadirlo y que amenazaba con dominarlo por completo.

Mientras buscaba la perilla de la luz rozando la pared con su mano, trató de encontrar una explicación lógica a la desaparición de sus subalternos. Era extraño que no dieran señales de vida después de tanto tiempo.

“Ya van a ser informados y puestos en el calabozo sin chistar.”

Lo peor sucedió cuando por fin logró encender la luz. Los soldados a los que había encomendado la orden estaban muertos, despedazados sus cuerpos por toda la sala y con las paredes y el piso completamente embadurnados con sangre, la que muy posiblemente fuese de ellos.

Se dio vuelta, rogando porque el bulto en la entrada fuese uno de los “subversivos” pero no tuvo tanta suerte. Era lo que quedaba del tronco del sargento primero.

Allí se dio cuenta de que la sangre desparramada era de sus soldados. Tenía que ser de ellos, teniendo en cuenta que de los torturados en primera instancia, no había ni rastros. Habían desaparecido sin huellas visibles.

Todavía gritaba con el horror remarcado en su rostro cuando se lo llevaron para el psiquiátrico de Oliveros. Nunca pudieron hallar los restos de los supuestos subversivos que llevaron aquella noche según el testimonio que consiguieron sacarle al Mayor Rodolfo, en una hasta ahora única tarde de cordura.